

¿Un nuevo americanismo, o la recuperación de posiciones abandonadas?

Notas en torno a la filosofía de estudios latinoamericanos.

Andrzej Dembicz*

RESUMEN: *A partir de preguntarse acerca de las referencias conceptuales en los estudios latinoamericanos, este artículo hace un recorrido que va desde la construcción histórica del término América Latina, pasando por la evolución de dichos estudios. Así se llega a la argumentación sobre la pertinencia actual de incrementar, tanto desde el punto de vista metodológico como epistemológico, los estudios acerca de Las Américas. Si bien se reconocen las legitimidades de todo orden de lo latinoamericano, es evidente que las articulaciones múltiples que hoy ligan al conjunto del continente exigen el incremento del interés en los estudios que se ocupen de mirar de los dos lados del río Bravo bajo una óptica pluridisciplinaria. El Americanismo, que en algunos contextos académicos hacía más bien alusión a la América latina debe hoy ser más consecuente con su apelación. Hoy es imposible intentar la comprensión de muchas de las problemáticas socio-económicas y culturales de América latina y de América del norte sin estudiar lo que sucede con respecto a dichos temas en el conjunto de la región.*

ABSTRACT: *A new Americanismo, or a return to first principles? Notes on the philosophy of Latin American Studies*

By looking at conceptual references in Latin American Studies, this article traces the historical development of the term Latin America and the evolution of studies relating to this region of the world. There is a strong argument today in favour of developing, from both methodological and epistemological points of view, the study of The Americas. Even though there is common recognition of the multifarious elements that constitute the essence of Latin America, it is clear that the multiple strands that unite the continent require an increased emphasis on studies that look at both sides of the Rio Grande from a multidisciplinary perspective. Americanismo, which in some academic contexts refers more to Latin America, must be more consistent with its name. We cannot begin to understand many of the social, economic and cultural problems in both Latin America and North America without studying these issues across the whole region.

Palabras-claves: *Investigación. Filosofía política. América Latina. Américas.*

Keywords : *Research. Political Philosophy. Latin America. The Americas*

* Director del CESLA (Centro de Estudios Latinoamericanos). Universidad de Varsovia. Presidente de CEISAL (Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina).

El interés por definir lo conceptual y lo metodológico de los estudios latinoamericanos es permanente, aunque no siempre fuera expresado directamente en forma de inquietudes paradigmáticas y epistemológicas. Desde cuando se estudia a América se estudiaba a sus fragmentos componentes y, finalmente, llegó el momento político y conceptual de hablar de estudios latinoamericanos. Esta tendencia se adueñaba paulátinamente de todos, tanto en el Viejo, como en el Nuevo Mundo, buscando homogeneizaciones y diversidades homogeneizantes. He aquí, lo que casi a propósito dijo José Enrique Rodó en 1916:

Para la mirada europea, toda la América española es una sola imagen, un solo valor. (...) Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso produce falsas generalizaciones (...) tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero (...): el hecho fundamental de que somos esencialmente ‘unos’; de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas (...) y de que lo seremos aun más en el futuro (...). (J. E. Rodó, Testamento americanista, 1916)

Estas palabras fueron escritas por Rodó hace casi cien años y, en cierto sentido, fueron proféticas tanto para las interpretaciones de América no-Aglosajona “desde afuera”, como también “desde adentro”. Por cierto, todos recordamos muy bien que, cuando se había lanzado el denominativo América Latina, lo fue en plural: les Amériques latine, remarcándose de tal manera su tremenda diversidad interna, pero tuvo mucha razón Rodó, al decir que seremos [uno] aun más en el futuro, ya que esta unidad se vió consagrada política y económicamente a nivel internacional intra, y extra latinoamericano durante los últimos sesenta años.

A primera vista, política, y hasta académicamente, la situación parece ser muy clara: hay límites políticos de la comunidad de Latinoamérica y el Caribe, reconocidos por ella misma e internacionalmente y, por lo tanto, no hay motivo de discusión formal. Sabemos hasta donde llega América Latina y, entonces, los que practican los estudios latinoamericanos, saben de los territorios, sociedades y espacios sociales susceptibles a estudiar. Y, efectivamente, esta es la idea que traen los adeptos de maestría en estudios latinoamericanos del CESLA (Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Varsovia) y de cualquier otro centro de docencia latinoamericanista en Europa, América Latina, Estados Unidos, Japón o Nueva Zelanda.

Pero, precisamente aquí surgen dudas si tal interpretación resulta epistemológicamente correcta, o sea, si hoy en día es intelectualmente y académicamente correcta la denominación *América Latina*. Desde el punto de vista político, parece que no hay dudas. ¿Pero, de otros puntos de vista, quien sabe?

Estoy totalmente consciente que el planteamiento se hace en un momento cuando todos aceptamos el apelativo de América Latina, de latinoamericanismo y otros semejantes sin ningunas objeciones. Pero, ¿no somos acaso creadores y remodeladores de las ideas en cuestión?

Las dudas nacen de mis estudios sobre las culturas americanas (o sea de Las Américas) y de mis investigaciones sobre la evolución de los estudios latinoamericanos. Estudios Latinoamericanos entendidos según los cánones académicos de la segunda mitad del siglo XX. Por cierto, a finales de esta época se habló no solo de estudios latinoamericanos sino, también, empezó a hablarse del latinoamericanismo como un conjunto de valores a seguir y promover por los latinoamericanos y por los latinoamericanistas, y que los estudiosos de Latinoamérica deberíamos, tal vez, ser creyentes y seguidores de esta fé.

En relación a esto, creo que es válido hacer algunas referencias más concretas. A principios de los años noventa recientes Horacio Cerutti Guldberg se había expresado así a propósito:

“El latinoamericanismo no es una disciplina, sino una militancia que exige para ser eficaz un gran rigor en la crítica y la autocrítica teórica e ideológica. Una gran flexibilidad para moverse a distintos niveles de lenguaje”. (Cerutti, 1994:25)

Me parece muy importante subrayar en esta frase la “flexibilidad para moverse a distintos niveles de lenguaje”. Entiendo así, que el “latinoamericanismo” debería ser no tanto un credo, cuanto un instrumento de interpretación de la realidad. Y, una posición así me convence, porque resulta muy cercana a lo que pudiéramos llamar el “americanismo crítico”, o sea “construido sobre la base de las experiencias históricas de la filosofía del conocer de Las Américas, por una parte, pero por la otra, también sobre la base de las experiencias teóricas e ideológicas recientes de los americanistas (latino- y anglo-americanistas).

Uno de los primeros en hablar de “latinoamericanismo” fue Luis Eduardo Acosta Hoyos (colombiano) quien en 1970, en su texto “Latinoamericanismo como posición” (Acosta, 1970:327-331) estaba abogando por un latinoamericanismo como un credo de los latinoamericanos:

“Yo quiero propugnar por un ‘latinoamericanismo como posición’, así a secas; que venga de nuestro amor a la raza, de la lealtad a nosotros mismos y de la esperanza de un futuro mejor comprometido, primordialmente con Latinoamericanos; (...)”

Cito esta consideración tan solo para dar testimonio histórico a la tendencia que acababa de forjarse. América Latina como noción hechó raíces ya bastante profundas y empezaba a dar frutos ideológicos - y acababan de pasar apenas veinte años de consagrarse la idea, aunque fueron unos veinte años de evidentes tensiones ideológicas. Sin embargo, el “latinoamericanismo” iba creciendo y dando frutos distintos en diversas partes del mundo, siendo probablemente los más llamativos los de los EE.UU. Y esto, creo, principalmente por la enorme presencia intelectual latinoamericana en los estudios latinoamericanos estadounidenses, con lo cual se logró promover un debate interesantísimo y construir posiciones teóricas e ideológicas muy específicas.

En la segunda mitad de los años noventa, en parte como efecto y reacción a todo un largo debate sobre la identidad americana y latinoamericana, protagonizada desde hace tiempo por Leopoldo Zea, se han publicado numerosas expresiones de esta clase de inquietudes intelectuales. Entre ellas, como muy significativas me parecen las publicadas en la revista *Disposition. American Journal of Cultural History and Theories* (vol.XXII, No.49, 1997 (publicado en 2000) y las contenidas en el libro coordinado por Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta titulado *Teorías sin disciplina. Latinoamericanismo, postcolonialidad y globalización en debate* (México, 1998). Las reflexiones de varios de estos textos están orientados hacia el cuestionamiento del “latinoamericanismo idealista” formulado hace más de cien años por “los grandes del americanismo”. Tal vez la expresión más directa de estas dudas es la formulada por Idelber Avelar:

“How can the miserable origin have led to the triumphant present? This is the question whose stubborn obviousness Latin Americanism must repress” (Avelar, 1997:129).

En tanto que Nelly Richard la nueva onda del “latinoamericanismo moderno” lo vincula básicamente con los EE.UU.:

“El latinoamericanismo es una producción y un producto modelados por la configuración del mundo académico norteamericano que se relaciona con la cultura latinoamericana a través de varios juegos de referencias y de procesos conectados a fuerzas sociales y culturales más amplias: el crédito político-intelectual de la Revolución Cubana

y el éxito literario del boom narrativo en los 60 fueron elementos entonces decisivos para estimular los estudios latinoamericanos tales como lo pueden ser hoy la creciente latinoamericanización de Estados Unidos y el debate sobre el multiculturalismo con su apertura al problema de las identidades locales junto - como siempre - a los flujos y reflujos ideológicos de los sucesos económicos y políticos del continente.”

En este caso, sigue Richard:

“Por un lado, los temas de la postmodernidad (alteridad, descentramiento y heterogeneidad de lenguajes, identidades y culturas) ayudan a motivar e intensificar los diálogos y confrontaciones entre “centros” y “periferias” en torno a la crítica de las jerarquizaciones centralizadoras del poder cultural, activando así la *puesta en circulación* de lo “latinoamericano” en un circuito de operaciones internacionales mucho más dinámico, cruzado y plural que antes. Por otro lado, el control *teórico* sobre las definiciones del postmodernismo sugiere hegemonizado por la intelectualidad metropolitana que las exporta a América Latina a través de una red globalizante de traspasos académicos. Esta misma red de intercambios y reconversiones importa de vuelta a Estados Unidos los ejemplos *prácticos* (extraídos del arte o de la literatura del continente) que son llamados a convalidar el sistema de categorizaciones postmodernistas del “centro”, así renovando el imaginario teórico-cultural del discurso universitario norteamericano con energías extraídas de la ‘periferia’.” (Richard, 1997:6)

Estas y muchas otras consideraciones relativas al latinoamericanismo entendido, por una parte como una preocupación intelectual, la producción y su correspondiente producto, pero por el otro también como una “militancia de rigor teórico e ideológico” implican claramente que cierta época de enfoques latinoamericanistas clásicos ha acabado. Podemos, en este caso, argüir con el postmodernismo y/o globalización. Pero también podemos buscar más directamente en lo paradigmático de los estudios latinoamericanos que es un saber desprovisto de un soporte disciplinario único. Independientemente de la vía utilizada se llega, a mi juicio, a la conclusión de que estamos frente a una situación nueva en los estudios latinoamericanos, siendo una de sus características, a pesar de toda la experiencia cultural y política acumulada, la nitidación y hasta desaparición de las fronteras entre las “dos Américas”. Aquí, obviamente, cabría la pregunta sobre la posición teórica y práctica europea. En nuestro caso (el europeo), una vez superado el síndrome metropolitano (en lo político y en lo intelectual), sin

embargo se mantiene mucho de las tradicionales reflexiones e interpretaciones “tercermundistas” clásicas y mucho de la autoidentificación con el objeto de estudio.

Para seguir desarrollando las ideas pretendidas voy a continuar por la evolución de los estudios latinoamericanos que, como se ha dicho, fue una de las pautas de seguir el problema. Me empecé a dedicar a esta cuestión a principios de los noventa recientes, coincidiendo este hecho con el inicio en el CESLA de docencia en estudios latinoamericanos y la construcción de programas de cursos de especialización en América Latina, que, finalmente, se convirtieron en Maestría en Estudios Latinoamericanos (en 2001). Nuestro convencimiento fue que, aparte de las asignaturas generales básicas como la antropología, la historia, la geografía, la economía de América Latina y otras asignaturas disciplinarias o interdisciplinarias, deberíamos ofrecerles a los alumnos también un conocimiento básico sobre “como se iban acumulando los conocimientos y forjando interpretaciones sobre la región, y cual es la situación actual del ‘latinoamericanismo’ en distintas partes del mundo”. La asignatura fue construida conceptualmente e iba evolucionando durante unos diez años hasta convertirse en un curso de un semestre titulado *Filosofía del conocer de Las Américas*.

Me pareció conveniente remarcar estas premisas para subrayar un hecho de importancia. No se trataba en aquella situación de tan solo una investigación básica sobre el problema en si, cuyos resultados son propiedad y responsabilidad del sujeto investigador, sino que se apuntaba a construir una red de conocimientos e interpretaciones que servirían, en primer lugar, a formar nuevas filas de “americanistas”.

Ahora, al hablar de la historia de penetraciones científicas y de descubrimientos intelectuales, de producciones literarias y de interpretaciones, para no cometer falsedades, es obligado seguir la historicidad de enfoques y de denominaciones. Por lo tanto, como desde principio, y hasta el siglo XIX, e inclusive hasta el XX se habla en la literatura de distinta índole (cronista, biográfica, informativa, analítica, de fábula, científica etc.) de América, de las Indias, de las Indias Occidentales, de los indios, o de los americanos, no de otra manera hay que transmitir los conocimientos sobre la parte del mundo que, convencionalmente, hoy llamamos América Latina. América Latina, que surge como un concepto a mediados

del siglo XIX y que gana la ciudadanía regional y universal realmente apenas a partir de la creación de la CEPAL, en 1948.

Una excelente ejemplificación de tal evolución interpretativa son los congresos internacionales de americanistas que inician en 1875 en Nancy, Francia, como efecto de la necesidad de un mejor intercambio de ideas entre los que estaban estudiando a América, y luego a Las Américas. Y siguen llamándose “de Americanistas”, a pesar de que casi desde inicio los temas mayoritariamente tratados fueron los de la América vinculada con las raíces culturales americano-ibéricas. Situación, que en la segunda mitad del siglo XX supera a 90 y más por ciento de los temas tratados.

Estamos, entonces, desde casi unos cien años en situaciones de disyuntivas tanto terminológicas como también conceptuales en cuanto a los estudios de América y especialmente de América Latina. Y esto, especialmente, desde cuando empieza la gran tendencia de interdisciplinariedad y transdisciplinariedad en humanidades y ciencias sociales dedicadas a estudios latinoamericanos. Para abordar mejor el fenómeno referido hay que tener presente que, desde la mitad del siglo XIX suceden (en parte simultáneamente, en parte consecutivamente) varios procesos que se complementan, pero que, a la vez, desde el punto de vista de la “filosofía del conocer de Las Américas”, pueden contradecirse también. Estos procesos y/o tendencias son:

⇒ Una constante y dinámica ampliación disciplinaria de intereses. De las tres o cuatro disciplinas iniciales, que fueron historia, antropología física y cultural, lingüística y geografía, llega a constituirse un amplísimo abanico de las disciplinas y ramas del saber participando en estudios americanos. Algunas de estas disciplinas, especialmente las antropologías y lingüística no tienen problemas con denominar su área geográfica de estudio, ya que es sencillamente América, Mesoamérica, Area Andina etc. Otras, si, tienen que definir claramente su área geográfico-político-cultural, y entonces es América Latina, tanto por razones de conveniencia ideológica, como por la tradición ya establecida.

⇒ El segundo proceso fue, y parcialmente sigue siendo, el de la acelerada formación identitaria de América Latina, en una buena parte en oposición a la América Anglosajona continental. Durante toda una época que va desde mediados del XIX, se han acuñado posiciones ideológicas (convertidas en paradigmas académicos) que durante las últimas décadas influyen sobre la formación identitaria hoy dominante. Por esta misma razón el Canciller chileno

en la ceremonia de la Inauguración del 51 Congreso de Americanistas, se refería al “Congreso de Latinoamericanitas” y al “Congreso de Nuestra América”.

⇒ El tercer proceso, que le contradice al anterior y académicamente conduce a cierto tipo de esquisofrenia conceptual, es él de la interamericanización de la América Latina en sus áreas políticas, culturales y económicas, básicamente. Proceso iniciado hace más de 100 años, pero de tremenda aceleración desde la mitad del siglo XX. Al fenómeno de la dimensión interamericana de América Latina nos referiremos aún más adelante.

⇒ El siguiente proceso que hay que tomar en cuenta es él de la acelerada institucionalización de las investigaciones regionales. A partir de 1950 los estudios sobre Américas, correspondiéndose con la acentuación de la regionalización político-cultural del mundo bajo los auspicio de la ONU, se ramifican muy claramente en los American Studies y los Estudios Latinoamericanos (y/o Iberoamericanos). Los American Studies (que en español pudieramos llamarlos muy correctamente “estudios estadounidenses”), buscan y crean su propia conceptualidad y enfoques y se alejan totalmente del tronco original americanista, llamándose ellos mismos “the Americanists”. Los Estudios Latinoamericanos, en tanto, adquiriendo tremendo auge a nivel mundial, siguen bastante lealmente los ideales americanistas iniciales, evolucionando conceptual y temáticamente, entre otras, hacia la inter y transdisciplinariedad. Aquí, solo de paso, hay que recordar, que los de los American Studies, se adueñaron de la denominación “estudios americanos”, frente a la indiferencia total de los “correligionarios del latinoamericanismo”.

⇒ La siguiente tendencia la componen la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad que avanzaron simultáneamente con la inclusión de nuevas disciplinas y áreas de estudio como economía, sociología, jurisprudencia, y luego derechos humanos, estudios de género etc. De los congresos internacionales de americanistas desaparecieron grandes secciones disciplinarias que surgieron y provocaron una verdadera revolución en su organización a partir de los años 1920. Hoy en día se subordina la organización de los congresos de Americanistas, de Latinoamericanistas de CEISAL, o de la FIEALC y SOLAR a secciones proyectadas hacia los problemas de investigación.

⇒ La tendencia de conservar la tradición americanista partiendo del principio de que es imposible entender una parte de la América

sin haberse tomado en cuenta la otra se mantiene e inclusive está renaciendo. Dos de las más antiguas revistas científicas dedicadas en teoría, a “Hispanoamérica” una y la otra a América Latina, llevan en su título a América. Una de ellas es *el Anuario de Estudios Americanos* (de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla) y la otra *Cuadernos Americanos* (del Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, México). Recientemente, a iniciativa del Consejo Europeo de Investigaciones Sociales de América Latina (CEISAL) y de la Red de Documentación e Información de América Latina (REDIAL) surgió una revista europea orientada hacia un latinoamericanismo más abierto y respetuosa de sus raíces: *Anuario Americanista Europeo*. Por cierto este título provocó un debate conceptual bastante acalorado en el seno del CEISAL entre el ala ortodoxa del latinoamericanismo anti-estadounidense y los partidarios del latinoamericanismo abierto, o “latinoamericanismo interamericanista” como lo he llamado en un ensayo publicado en 2003 en *Cuadernos Americanos*. El título de la revista finalmente adoptado indica claramente a la tendencia ganadora.

Estas son las premisas históricas, formadoras de la filosofía de los estudios latinoamericanos que emanan de la propia evolución del larguísimo proceso del conocer e interpretar de América. Creo, que sobre la base de los elementos y argumentos tomados en cuenta, sería permitido concluir que el período de los últimos 50-60 años de los hoy llamados “estudios latinoamericanos” (denominados también “latinoamericanistas”) se puede considerar alternativa o complementariamente como:

- ⇒ efecto de una evolución intelectual natural de estudios sobre América;
- ⇒ efecto de una evolución intelectual sucedida bajo las fuertes presiones políticas y culturales externas;
- ⇒ una anomalía frente a la evolución anterior (desde el siglo XVI hasta los principios del XX) de los estudios “americanos” (o de América).

No obstante, y muy probablemente, estamos frente a la situación de la coexistencia de las tres alternativas y de la coactuación de los numerosos factores presentes en cada una de ellas, ya que fueron, en la realidad, diversos los elementos que influyeron sobre el curso del “americanismo”, a sea estudios, interpretaciones conceptuales y filosóficas sobre Las Américas como objetivo de la inquietud intelectual.

Queda aún por ver más de cerca la cuestión de lo que en uno de los párrafos anteriores fue llamado “latinoamericanismo interamericano” o “estudios latinoamericanos interamericanistas”, efecto de una reflexión sobre la dimensión cultural y social de América Latina en el marco de Las Américas, o del continente americano. En algunos de mis textos, publicados durante los últimos dos o tres años, planteo muy abiertamente que América Latina es un fenómeno y una estructura socio-cultural pluridimensional, y que limitarse intelectualmente a su dimensión espacial político-geográfica, marcada por sus fronteras políticas, significa practicar un enfoque bastante escolar, empobrecedor en cuanto a los problemas y temáticas de estudio. A mi juicio, hay por lo menos tres dimensiones espaciales más (aparte de la dimensión político-geográfica escolar) bien formadas y una en proceso de formación. Las tres bien perceptibles son: la dimensión interamericana de América Latina, la dimensión iberoamericana de América Latina, la dimensión euroamericana de América Latina. La en proceso de formación, en ciertos espacios con la dinámica bastante acelerada, es la dimensión asiático-americana de América Latina.

Como es fácil percatarse, estas dimensiones significan expansión de América Latina hacia afuera de sus límites político-geográficos, hacia espacios políticos extra-latinoamericanos. Es esta expansión cultural e intelectual parte de los procesos de la formación del “nuevo latinoamericanismo” en los EE.UU., comentado anteriormente. Esta expansión puede tener perfiles variados - demográficos, sociales, culturales, económicos, en muy diferenciados aspectos de cada uno de ellos. De las cuatro dimensiones mencionadas, la más perceptible hoy en día parece ser la dimensión interamericana, surgida del juego de numerosísimos factores históricos y contemporáneos y compuesta por un sinnúmero de elementos constitutivos y, entre ellos, también por la existencia de ámbitos y hasta espacios sociales construidos por subculturas, y hasta culturas específicas, efecto de la evolución endógena en un contexto ajeno, o de la simbiosis con un ambiente extraño.

Estamos muy acostumbrados a medir la dimensión interamericana de América Latina con la presencia demográfica de “latinos” en los Estados Unidos. Los 25 millones de los latinoamericanos legales en los EE.UU. en el año 2000 dibujaban sobre el mapa de aquel país manchas compactas e islas más o menos densas en sus distintas partes, llegando a constituir los latinoamericanos hasta porcentajes considerables de la población total, como en Miami, Los Angeles o Nueva York.

Sin embargo, este es el indicador más burdo de entre los posibles a tomar en cuenta y el fenómeno más sencillo de entre todos que serían susceptibles de una investigación social latinoamericanista. A mi juicio, no solo los básicos, sino, precisamente los muy complejos problemas humanos y sociales, que surgen de la expansión demográfica latinoamericana en los Estados Unidos de América, deberían ser de interés sustancial de estudios latinoamericanos. Esto por dos motivos. En primer lugar porque los procesos sociales, políticos y económicos en los países que “exportan su sustancia demográfica” están, en una mayor o menor escala, vinculados con aquellas estructuras residentes en los EE.UU. Y, en segundo lugar, porque aquellas estructuras son intrusiones latinoamericanas, prolongaciones de la cultura latinoamericana y, por lo tanto, en mayor o menor grado partes integrales de América Latina. Con una mayor profundidad nos referiremos a esto más adelante.

¿Hasta donde al norte llega, entonces, en su expansión demográfica y cultural América Latina? En la realidad es una interrogación meramente retórica. No hay necesidad de responderla ya que, de acuerdo con la premisa metodológica de dimensiones y alcances físicos y palpables por un lado y, por el otro, de los abstractos, que se traducen en influencias directas o indirectas, pero no necesariamente presencias físicas, estas dimensiones serán numerosas y multifacéticas. A veces permitirán establecer redes de puntos territoriales claves y límites exactos, otras apenas detectar influencias políticas o culturales indirectas.

De todos estos lugares se remiten anualmente miles de millones de dólares a Cuba, República Dominicana, Haití y los demás países latinoamericanos. En total, en el 2003 el monto acumulado de las remesas superó a 30.000 millones de USD (13.000 hacia México, 1.300 hacia Cuba etc.) en tanto que para el 2010, con tal de que se mantengan firmes las tendencias actuales, se pronostica un monto de hasta 70 mil millones de dólares. En vista de esto, hay que plantear aquí una cuestión absolutamente básica: ¿quién depende de quién en un mayor grado - las sociedades de los países latinoamericanos dependen económicamente (de las remesas) de los Estados Unidos, o es que, a lo mejor, las sociedades y economías locales y regionales estadounidenses dependen del potencial humano procedente de América Latina - o sea dependen de América Latina? Hasta el momento no se ha planteado así la cuestión, pero ya es la hora de hacerlo. Pero, imaginémonos, que de noche a la mañana desaparecen de repente del suroeste de los EEUU todos los trabajadores y

empleados latinoamericanos legales e ilegales. ¿Que sucede? A América Latina, prácticamente nada, pero el suroeste de los EEUU se paraliza por completo. Desde la agricultura y la industria, hasta las innumerables organizaciones de derechos humanos que de repente quedan sin el combustible vital para su funcionamiento.

Las inquietudes intelectuales y los problemas de investigación que derivan y surgen de tales planteamientos caben al igual en los repertorios de los estudios latinoamericanos y en los de American Studies. Es imposible ya, hoy en día, investigar la sociedad mixteca desvinculandola del puente permanente migratorio y financiero mixteco-californiano, gracias al cual la ciudad de Los Ángeles se volvió parte integral de la Mixteca y del Tehuantepec. Pero, tampoco es posible analizar las estructuras angelinas sin sus participaciones demográficas y culturales mexicanas y mixtecas y su infraestructura gastronómica específica, vinculada con el sur de México.

Finalmente, ya que el objeto de este análisis son los estudios latinoamericanos, hay que tener bien presente que las estructuras norteamericanas de estudios latinoamericanos de manera creciente se vienen apoyando sobre los cuadros latinoamericanos. En el 50 Congreso Internacional de Americanistas, de entre los 230 participantes venidos de los EE.UU. la mayoría fueron latinoamericanos residentes permanentes o temporales de aquel país. Así que, uno de los elementos muy importantes de expresión de esta América Latina sin límites en Las Américas, es precisamente la proliferación de los latinoamericanos en las redes del latinoamericanismo estadounidense, siendo este un elemento formativo intelectual muy importante.

Para crear una panorámica general bastante expresiva nos hemos concentrado hasta el momento sobre las evidencias empíricas claras. Sin embargo, quedan áreas que no fueron aquí mencionadas en el campo de lo social, político, económico, las que condujeron a reformular las relaciones bilaterales y, más ampliamente, las interamericanas, a niveles totalmente distintos que no existían hace unos quince o veinte años. La pregunta sobre el NAFTA/TLC equivale, en la realidad, a preguntar por las relaciones entre las “dos Américas” en lo formal y, mucho más ampliamente, en lo informal de los nexos interamericanos. Hay que verlo a través de todo un complejo social, político y económico mexicano, pero inevitablemente con una perspectiva latinoamericana en sentido más amplio posible. La constatación sobre el acercamiento entre las Américas ya resulta a estas alturas banal e intelectualmente inefectiva. Hay que plantear otra clase, mucho más complicada, de cuestiones. Lo

mismo en relación al ALCA, en cuanto al cual cada una de las partes contrincantes tiene sus cálculos y sus intereses a perder y a ganar y, por lo tanto, no se le pueden aplicar paradigmas y cánones de valores y de posturas de hace medio siglo, o más. Y lo mismo, también, concierne a su análisis académico americanista. Y ni hablar de la recientemente surgida y aclamada Comunidad Suramericana de Naciones que para algunos es apenas un baluarte de protección de valores tradicionales no necesariamente muy funcionales.

Con todo lo que se ha dicho hasta ahora parece bastante lógico que las problemáticas aquí tratadas sean realmente importantes para los estudios latinoamericanos y, tal vez no menos para los American Studies, en tanto que hasta el momento su presencia en los estudios latinoamericanos resulta más que limitada. A mi juicio, viendolo desde la perspectiva latinoamericanista, hay por lo menos dos razones por las cuales todo este complejo problemático y temático aquí tratado debería pasar a constituir parte integral de estudios latinoamericanos.

⇒ En primer lugar, por razones de carácter empírico y cognoscitivo formal. Ya que, si consideramos que la América Latina, a pesar de las premisas formales políticas trasciende a Río Bravo y se extiende más al norte, entonces no sólo que no existe ninguna razón de no tomar en cuenta elementos, fuerzas y factores que desde fuera del territorio formal latinoamericano influyen sobre los fenómenos y procesos en América Latina, sino que, hay que reconocer, entonces, que todo lo latinoamericano (tal como fue considerado en los párrafos anteriores) en los EE.UU. y Canadá hay que considerarlo como objeto potencial y apropiado de estudios latinoamericanos.

⇒ En segundo lugar, por razones netamente metodológicas. No tomarlo en cuenta equivaldría a una insuficiencia metodológica del análisis científico en numerosas áreas temáticas de estudio. Pero, a la vez, hay que tener presente que tal ampliación temática interamericanista implicaría cosas absolutamente substanciales para el futuro de estudios latinoamericanos:

- Primero, ofrecería una totalmente nueva e inimaginablemente rica ampliación del repertorio temático de estudios latinoamericanos.

- Segundo, crearía tanto la posibilidad como también el imperativo de tomar en cuenta en los temarios tradicionales factores y condicionantes hasta ahora descuidados o subutilizados, lo cual permitiría una nueva, más amplia (más completa) interpretación de los problemas ya estudiados.

- Tercero, esto forzosamente implicaría unas nuevas relaciones de los estudios latinoamericanos con los American Studies, en todos los aspectos de relaciones académicas desde los conceptuales y temáticos hasta los formales. Esto, por cierto, exigiría (de ambas partes) una verdadera abolición o supresión de ciertas barreras, también psicológicas, lo cual no parece nada fácil. Dentro de este marco el problema del idioma, o sea de la “lingua franca” de cada una de las áreas de estudios americanistas no es nada despreciable. Tal vez, en la disputa de las prerrogativas lingüísticas de cada una, se llegaría al debate sobre el “anti-estadounidismo” o antilatinomaericanismo. Ahora, en cuanto al “anti-estadounidismo”, este, seguramente, pudiera y debería ser un tema de investigación obligado, ya que hasta el momento la temática de la percepción y valoración de los Estados Unidos y de la sociedad estadounidense en Latinoamérica casi no fue tratado.

Los dos aspectos de los estudios de América aquí tratados ofrecen un complejo de enorme importancia teórica en lo que respecta a la historia del conocimiento de esta parte del mundo. A mi juicio, a la filosofía de los estudios latinoamericanos contemporáneos no le fueron prestadas suficiente atención y detenimiento. Se trabajó ampliamente sobre la filosofía de la historia latinoamericana, sobre la filosofía y la percepción de la identidad regional (identidades regionales), pero no nos ocupamos lo suficiente de como fue estudiada y conocida América, en tanto que resulta ser un objeto de estudios que puede ofrecer variados y hasta muy sofisticados objetivos y enfoques. Hasta el momento se practicaban los estudios americanos con una mayor preocupación por las temáticas y metodologías que por las bases teóricas y filosóficas del área de estudio. A los cronistas del siglo XVI, a los grandes viajeros y descubridores del XVIII y a los grandes forjadores del conocer moderno sobre América del XIX los veíamos principalmente como partícipes de la acumulación del saber sobre el continente. Esto hay que comple-

mentarlo con una visión nueva. Hay que verlos como constructores y pilares formativos de una larga línea multicentenario de la filosofía de estudios de América, de la cual hoy en día somos apenas herederos, en la mayoría de los casos poco conscientes de esta gran herencia. Es por lo tanto muy importante insistir en una nueva, más compleja, o por lo menos una complementaria interpretación de esta gran herencia, para que el saber sobre América empiece a sumarse a la grande aventura de la historia del saber universal.

BIBLIOGRAFÍA

Acosta Hoyos, Luis E. 1970, *Latinoamericanismo como posición*, Universidad de Antioquia, Medellín, p. 327-331.

Cerutti-Guldberg, Horacio. 2000, “Invitación a renovar (¿reinventar?) Nuestra América (y los estudios que a ella se refieren)”, *Revista del CESLA*, p. 178-184.

Cerutti-Guldberg, Horacio. 1994, “Más que nunca nos urge una mística latinoamericanista”, *Actas Latinoamericanas de Varsovia*, 16, p. 21-30.

Comas Juan. 1974, *Cien años de congresos internacionales de americanistas*, México.

Dembicz Andrzej. 2003, “Los estudios latinoamericanos y las Américas, o sea ¿es posible un latinoamericanismo interamericanista?”, *Revista del CESLA 5/2003 / Cuadernos Americanos*, 101, 2003, p. 26-39.

Dembicz Andrzej. 2002, “Estudios latinoamericanos en Polonia”, *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, Nr. 72, s. 179-194.

Dembicz Andrzej., 2000, “Estudios latinoamericanos - proyecciones difíciles”, *Revista del CESLA*, 1/2000, p. 173-177.

Zea Leopoldo. 1978, *Filosofía de la historia americana*, México.